

Las políticas de la vida cotidiana en el Movimiento Campesino de Santiago del Estero - Vía Campesina, Argentina

Mariela Pena

Doctora en Antropología

Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género / CONICET (Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas) (Buenos Aires, Argentina)

Dirección electrónica: marielapena6@gmail.com

Pena, Mariela (2017). "Las políticas de la vida cotidiana en el Movimiento Campesino de Santiago del Estero - Vía Campesina, Argentina". En: *Boletín de Antropología*. Universidad de Antioquia, Medellín, vol. 32, N.º 53, pp. 210 - 231.

DOI: <http://dx.doi.org/10.17533/udea.boan.v32n53a12>

Texto recibido: 03/08/2016; aprobación final: 26/11/2016

Resumen. Este trabajo aborda la problemática de las relaciones de género en los movimientos sociales rurales, tomando el caso del Movimiento Campesino de Santiago del Estero - Vía Campesina (MOCASE-VC) de Argentina. A partir de un enfoque etnográfico basado en una experiencia convivencial con familias campesinas, entrevistas y análisis de publicaciones escritas, se exploran sus "políticas culturales" en relación con la redistribución de recursos y significados entre varones y mujeres al interior de la organización. Hallamos que el MOCASE-VC resignifica los ámbitos de lo público/privado y articula demandas en favor de los intereses de las mujeres, al mismo tiempo que planteamos algunos desafíos pendientes.

Palabras clave: movimientos sociales rurales, género, mujeres campesinas, público/privado, políticas culturales.

The politics of everyday life in the Peasant Movement of Santiago del Estero-Vía Campesina, Argentina

Abstract. This paper addresses the problem of gender relations in rural social movements, taking the case of the Peasant Movement of Santiago del Estero-Vía Campesina (MOCASE-VC) from Argentina. Based on an ethnographic work in coexistence with peasant families, interviews and the analysis of written publications, we explore their 'cultural politics' in relation to the redistribution of resources and

meanings between men and women within the organization. We found that the MOCASE-VC re-signifies the areas of public/private and articulates demands in favor of women interests, while we raise some remaining challenges.

Keywords: rural social movements, gender, peasant women, private/public, cultural politics.

As políticas da vida cotidiana no Movimento Camponês de Santiago do Estero-Via Campesina, Argentina

Resumo. Este artigo disserta sobre a problemática das relações de gênero nos movimentos sociais rurais, especialmente o caso do Movimento Camponês de Santiago do Estero-Via Campesina (MOCASE-VC) da Argentina. A partir de uma perspectiva etnográfica baseada numa experiência de convívio com famílias camponesas, entrevistas e análises de publicações escritas, exploram-se suas “políticas culturais” respeito à redistribuição de recursos e significados entre homens e mulheres no interior da organização. Encontramos que o MOCASE-VC novamente significa os âmbitos do público e o privado articulando demandas em favor dos interesses das mulheres, ao mesmo tempo que apresentamos alguns desafios sem resolução

Palavras-chave: movimentos sociais rurais, gênero, mulheres camponesas, público/privado, políticas culturais.

La politique de la vie quotidienne dans le Mouvement Paysan de Santiago del Estero-Via Campesina, Argentine

Résumé. Cet article aborde la problématique des relations de genre dans les mouvements sociaux ruraux, analysant le cas du Mouvement Paysan de Santiago del Estero-Via Campesina (MOCASE-VC, par ses sigles en espagnol) de l'Argentine. D'un point de vue ethnographique basée sur une expérience conviviale avec les familles paysannes, des entretiens et analyse des publications écrites, leur « politiques culturelles » sont explorées dans le cadre de la redistribution des ressources et de sens entre les hommes et les femmes au sein de l'organisation. Nous avons constaté que le MOCASE-VC donne un nouveau sens au cadre publique/privé et articule des pétitions pour les intérêts des femmes, au même temps que nous proposons quelques problèmes qui subsistent.

Mots-clés : mouvements sociaux ruraux, genre, femmes paysannes, publique/privé, politiques culturelles.

Introducción

—*Y a ti, por ejemplo, ¿qué ha sido lo más lindo, lo más importante que te ha dado la organización?*

—*Para mí ha sido el pensamiento, la forma de vivir. El entendimiento de que una mujer puede, que una mujer sabe. Muchas cosas, como entender.*

Mercedes, militante

El Movimiento Campesino de Santiago del Estero (MOCASE) de Argentina se inicia formalmente en 1990, en la localidad santiagueña de Quilimí, conformándose como una organización de pobladores cuyas problemáticas más urgentes se vinculaban a conflictos coyunturales con la tenencia y propiedad de las tierras (Michi, 2010). La mayoría de los campesinos vivían desde hacía generaciones en *lotes*¹ que utilizaban en la producción para el autoabastecimiento, sin escrituras formales sobre sus tierras. Debido a la ampliación a nivel nacional de lo que se conoce como “la frontera

1 Un “lote” consiste en una unidad catastral que incluye un conjunto relativamente reducido de predios.

sojera” —es decir, al aumento de terrenos disponibles para la plantación de la soja y otras producciones agroexportables mediante modificaciones transgénicas y tecnológicas—, sectores empresariales habían comenzado a interesarse por los terrenos en los que estas familias vivían hacía años e iniciaron desalojos de manera violenta.

Transcurridos unos pocos años, el MOCASE-VC incluye como parte fundante de su *identidad colectiva* (Melucci, 1996) la confrontación al modelo de desarrollo, a la propiedad privada y al individualismo, defendiendo valores y prácticas alternativas ligadas a los conceptos de “soberanía alimentaria”, “unión” y “solidaridad comunitaria”. De allí la relevancia y el interés que despierta este fenómeno de organización que comienza como una forma de defensa gremial y legal (Barbetta, 2009), pero que luego deviene en un movimiento campesino que transforma el conflicto por las tierras en un símbolo de disputas en torno al territorio y al capitalismo como modo de vida (Michi, 2010). Esto ocurre a partir de la amalgama de su propio marco (proveniente de la experiencia de lucha local) con discursos externos y globales, como el ecologismo y el conservacionismo, influido por otras experiencias como las del Movimiento Zapatista (EZLN) de México (Dios, 2009) o el Movimiento de los Trabajadores Rurales Sin Tierra (MST) de Brasil.

En este proceso se han desarrollado formas de protesta propias (pararse frente a las topadoras, “aguantes”, retomas, entre otras) y se han definido modos de organización política (tales como los debates asamblearios, la división en áreas de trabajo y la asignación rotatoria de responsabilidades de representación colectiva), en las cuales muchas mujeres han tenido roles protagónicos, siempre junto a sus compañeros varones. Muchas mujeres se han convertido en militantes de base, así como en encargadas de proyectos productivos cooperativos e implementadoras de programas de derechos sexuales y reproductivos en sus comunidades. Desde el discurso del MOCASE-VC se destaca la igualdad de tareas y derechos entre varones y mujeres, y se reconoce y alienta el liderazgo y la “bravura” de estas últimas.

Si bien este movimiento campesino ha sido objeto de extensos análisis académicos que han interrogado las condiciones socioeconómicas para su surgimiento, así como su experiencia política y el proceso de construcción de una “identidad campesina” producto de las acciones colectivas (Dargoltz, 1997; Durand, 2006; Dios, 2009), son casi nulos los debates y las indagaciones que consideran una perspectiva de género. Las mujeres han recibido muy escasa atención (atención por sus voces, sus problemáticas concretas y la pregunta por el impacto de una coyuntura transformadora como esta en la vida cotidiana y en las relaciones de género y familia).

Así, el objetivo del presente artículo es analizar la evolución y los desafíos actuales respecto a los roles de género y la manera en que la organización que tratamos distribuye recursos, derechos y significados entre varones y mujeres, moldeando las experiencias de feminidad y masculinidad (Kabear, 1994). Para ello, retomamos la noción de “políticas culturales” [*cultural politics*] como un concepto

útil a la hora de destacar la relevancia de aquellas acciones, tal vez menos visibles, que operan en la vida privada y de modo cotidiano, no en tanto “subproductos”, sino como elementos fundamentales de los esfuerzos por redefinir la política y la sociedad (Dagnino, 1998).

El trabajo se desprende de una investigación más amplia de corte etnográfico (Guber, 2011) y las reflexiones aquí desarrolladas provienen del material construido durante una estancia de trabajo de campo en convivencia con las familias de una de las comunidades de base² de la organización, en el período del primer trimestre de 2016. Se ha trabajado a partir de observaciones participantes y entrevistas en profundidad a mujeres y varones militantes (Atkinson, 1998) y hemos agregado la técnica de los “relatos de vida”³ (Wacheux, 1996) para obtener narrativas testimoniales de algunas mujeres que son referentes políticos, denominadas “militantes históricas”. También se ha contrastado y complementado la información con el análisis del contenido de publicaciones escritas y “cartillas” elaboradas durante los talleres internos de género, facilitadas por el MOCASE-VC.

Nuestro análisis se enmarca en la línea de los estudios de género, que entienden dicha categoría en tanto forma primaria de relaciones significantes de poder (Scott, [1990] 1996). Esta orientación se distingue por el consenso general de que el género constituye una dimensión de la desigualdad social (Barbieri, 1993) y no un área de estudios sobre “asuntos de mujeres” (Lamas, 1999).

De los estudios clásicos tomamos especialmente la línea de elaboraciones que han incorporado la dimensión política de la vida cotidiana en las ciencias sociales y han desmontado la imagen del hogar como refugio (Segalén, 1992), politizando la vida privada y la familia, y mostrando la invisibilidad de las tareas emocionales y físicas realizadas por las mujeres en este ámbito (Murillo, 1996). Esto no se limita al hogar como espacio físico, sino que puede extenderse al grupo o la comunidad, como muchas veces se ha registrado en contextos rurales similares (Palacios Sepúlveda, 2011).

En función de ello, recuperamos la preocupación por la “experiencia de las mujeres” (Mies, 1998) y las formas en que una forma de acción colectiva (Melucci, 1996) transformadora y concreta, en este caso el MOCASE-VC, se ocupa de la política de la vida cotidiana. Aquí, sostenemos que el MOCASE-VC incorpora demandas en favor de los intereses de las mujeres, especialmente haciendo referencia a la redistribución de tareas, derechos y cuidados entre los géneros; la resignificación

2 El MOCASE-VC nuclea actualmente a diez *centrales campesinas*, distribuidas en distintas localidades del territorio de la provincia de Santiago del Estero, Argentina. Cada una de ellas reúne, a su vez, un número variable de *comunidades de base*, que se conforman como el nivel más básico de organización de las *familias campesinas*.

3 De acuerdo con Wacheux (1996), esta técnica consiste en proponerle al sujeto estudiado que cuente toda o una parte de su experiencia vivida, procurando limitar al máximo sus intervenciones.

del uso de espacios públicos y privados, y la legitimación de la actuación política de las mujeres. Uno de los argumentos centrales consiste en que el MOCASE-VC horada las tradicionales fronteras entre lo público y lo privado —por lo tanto, de lo familiar, lo doméstico y de las relaciones de género—, resignificando sus límites. Sin embargo, también señalamos algunos desafíos actuales a partir de la observación de que el MOCASE-VC aún no logra articular problemáticas específicas que resquebrajan la idea de “familia” como conjunto armonioso.

Breve reseña sobre el surgimiento y desarrollo del MOCASE-VC

Santiago del Estero es una de las provincias argentinas signadas por uno de los índices más altos de pobreza, la mayor cantidad de población rural y una tenencia precaria de la tierra, migraciones y deterioro del medio ambiente; antes del movimiento que nos ocupa, en ella prácticamente no existían estructuras previas de movilización popular (Durand, 2006). El MOCASE, si bien se inicia a raíz de conflictos con la tenencia y propiedad de las tierras, responde asimismo a tensiones de orden económico y jurídico, experimentadas en un marco que, a pesar de su contexto formal democrático, se implementaba como gobierno provincial autocrático y caudillista. Este accionar, denominado “obraje político” (Dios, 2009), había sido afianzado durante décadas mediante la hegemonía del gobernador provincial Carlos Arturo Juárez —reelecto varias veces entre 1950 y 2000—. La población trabajadora y campesina lo sufría mediante varias formas de explotación ejercida a través de las complicidades y superposiciones entre el poder político, económico y jurídico de la región.

A esto se agrega, desde la década de 1970, un proceso de “desalojos silenciosos”, descrito ya en varios trabajos (Dargoltz, 1997; Barbeta, 2009; Dios, 2009; Michi, 2010), que se desarrolló en un marco de ausencia casi total de estructuras previas de movilización. El mismo se fundaba en el desconocimiento, por parte de los poseedores, de sus derechos sobre las tierras y las mencionadas desigualdades extremas de poder que primaban en esa época (Barbeta, 2009). Las expropiaciones se profundizaron en la década de 1990, y de allí surgió una organización que se propuso, inicialmente, proteger o restaurar la tenencia de las tierras de las familias que eran desalojadas, mediante la lucha jurídica y gremial.

Los campesinos y las campesinas comenzaron a agruparse para discutir formas de acción y protesta, y buscaron el asesoramiento legal por parte de agentes externos que luego serían incorporados al movimiento en calidad de “técnicos” o “manos blandas”. Sin embargo, los procesos descritos no sólo involucraron el conflicto con la tierra, sino que prontamente los campesinos organizados detectaron que dichas transformaciones habían ocurrido en detrimento de los bosques, montes y suelos naturales, y que habían generado una precarización general de la vida rural, desempleo, profundización de la pobreza e incremento de las migraciones (Díaz Estévez, 2005).

Se impuso, entonces, la idea y la necesidad de “unirse” y organizarse para hacer frente a las modificaciones que se venían imponiendo, y comenzaron a proponerse diversas actuaciones para la defensa colectiva, tanto respecto a las viviendas como frente a cuestiones laborales y económicas. Un ejemplo de ello fueron las “paradas frente a las topadoras” de los empresarios que venían a ocupar los terrenos, y que consistían en el impedimento de su paso, con el cuerpo mismo de los campesinos y las campesinas. En el plano económico, surgieron modos de organización incipientes en forma de cooperativas para la comercialización de productos, que antes sólo se podían vender a muy bajo precio (Durand, 2006). De este modo, rápidamente esta organización, que se había iniciado como defensa jurídico-gremial, devino en la creación de una identidad colectiva en torno a la categoría de los “campesinos” (Díaz Estévez, 2005). A partir de esto pueden comprenderse los sentidos de oposición al modo de vida capitalista, con los cuales se construye un movimiento que se propone construir vínculos y “redes de sociabilidad” horizontales y solidarias entre campesinos y campesinas (Michi, 2010).

Posteriormente, luego de la fractura ocurrida en 2001 debido a diferencias respecto a la forma organizativa, las estrategias, los recursos y los grupos de apoyo (Durand, 2006), continuarían dos grupos con los nombres de MOCASE y MOCASE - Vía Campesina. Este último asumió una estructura horizontal —sin dirigentes y con asambleas para la toma de decisiones— y un accionar en alianza con otros sectores nacionales (especialmente los movimientos de desocupados) y globales, con otras organizaciones como la Coordinadora Latinoamericana de Organizaciones del Campo (CLOC) y la Vía Campesina.

En este proceso, los campesinos y las campesinas se asumieron como parte de un modo de vida alternativo que recuperaba y reelaboraba conocimientos tradicionales, y que proponía transformaciones en varios planos: desde la construcción política, en lo referente a la participación directa a partir de procesos legales y legítimos y de respeto por los derechos humanos, y a la noción de autonomía frente al Estado. Desde la producción, en lo referente al respeto por el medio ambiente, la conciencia ecológica y la economía, con criterios que se distanciaran de la lógica de acumulación de bienes y la noción de “soberanía alimentaria”. Desde el concepto de “territorialidad”, en lo referente al lugar donde se ensayan vínculos sociales solidarios, alternativos y justos. Desde la educación, en relación con la recuperación de la trayectoria de la educación popular, con el fin de promover la autonomía y la participación horizontal en la producción de conocimientos y la formación política (Michi, 2010).

En este punto, es relevante recuperar la teoría de Melucci (1996) acerca de la “acción colectiva” como un sistema de significados que los actores ponen en juego de manera dinámica y activa. Partiendo de dicho concepto, es posible sostener que las modificaciones subjetivas y las relaciones de género son producto y a su vez parte constitutiva del movimiento social en tanto acción colectiva.

En la siguiente sección daremos cuenta de las reflexiones teóricas previas que hemos recuperado, con el fin de ampliar las áreas de indagación en torno a la construcción del Movimiento Campesino de Santiago del Estero - Vía Campesina desde una perspectiva propia que imbrica el análisis de las dimensiones de género, las emociones y las “políticas de la vida cotidiana”.

Género, emociones y *cultural politics*: apuntes sobre el marco teórico

Como mencionamos en la introducción, este trabajo se ha inspirado en las teorías que incluyen el concepto de “políticas culturales” (*cultural politics*) en el estudio de los movimientos sociales y de sus disputas por redefinir las diferentes áreas de la vida social en el contexto neoliberal actual.

Álvarez, Dagnino y Escobar (1998) proponen que los movimientos sociales son un terreno crucial para comprender el entramado entre las prácticas culturales y las políticas, desde una perspectiva que concibe a ambas como aspectos inextricablemente unidos y entrelazados en la vida social. Las prácticas culturales, como productoras de nuevos sentidos, valores y subjetividades (Clifford y Marcus, 1986) poseen una cualidad de redefinición de lo político frecuentemente subestimada. A partir de ello, se sugiere retomar el concepto de Jordan y Weedon (1995) de *cultural politics* y extenderlo al análisis de las intervenciones cotidianas de los movimientos sociales latinoamericanos contemporáneos:

Las “políticas culturales” [*cultural politics*] fundamentalmente determinan los significados de las prácticas culturales y, sobre todo, cuáles son los grupos e individuos que tienen el poder para definir dichos significados. Las políticas culturales también se vinculan con la subjetividad y la identidad, dado que la cultura juega un rol central en la construcción del sentido sobre nosotros mismos. Las formas de subjetividad que habitamos resultan centrales a la hora de determinar si aceptamos o respondemos a las relaciones de poder existentes. Sumado a esto, para los grupos marginados u oprimidos, la construcción de nuevas identidades resistentes se convierte en una dimensión clave de su lucha política más amplia por transformar la sociedad. (Jordan y Weedon, 1995: 5. Traducción nuestra)

La cultura es política porque el “sentido” es constitutivo de los procesos que buscan, implícita o explícitamente, redefinir lo social, como en una “guerra de interpretación” (Slater, 1998). Por ello, cuando los movimientos sociales “desarrollan concepciones alternativas de mujer, naturaleza, raza, economía, democracia o ciudadanía, que transforman los significados dominantes, están proponiendo *cultural politics*” (Álvarez, Dagnino y Escobar, 1998: 7).

Para nuestro trabajo, estas elaboraciones resultan claves a la hora de abordar aquello que se produce en la cotidianidad del MOCASE-VC y que es vivenciado como forma de contestación frente a los valores del capitalismo. Aquí interesa ana-

lizar no tanto las formas de protesta y las acciones políticas públicas del MOCA-SE-VC, que ya han sido extensamente estudiadas (Dargoltz, 1997; Durand, 2006; Barbeta, 2009; Dios, 2009), sino la reconfiguración de lo dominante que se crea y experimenta en las interacciones diarias. De este modo, movimientos como el que tratamos pueden ser pensados como propiciadores de “modernidades alternativas” que resignifican nociones como las de ética, derechos, igualdad y —lo que nos importa especialmente— de los espacios entendidos como “públicos” y “privados”.

Otra herramienta central para nuestra investigación es el concepto de red (*network* o *web*), que los autores citados recuperan de teóricos como Melucci (1996), y que permite llamar la atención sobre los modos en que los lazos interpersonales sostienen al movimiento social, infundiendo nuevos sentidos culturales y prácticas políticas en relación con asuntos centrales como la naturaleza, la identidad o las relaciones vecinales. En este mismo sentido, Rubin (1998), en su estudio sobre movimientos populares urbanos en Ciudad de México, resalta que ciertas locaciones supuestamente “apolíticas”, tales como la vivienda, el mercado o las calles, pueden transformarse en importantes espacios de discusión política, de conocimiento, de fortalecimiento de lazos comunitarios y de resignificación de cuestiones ligadas a la clase y el género.

Ya ha sido sugerido que el movimiento campesino que estudiamos puede pensarse como una “nueva forma de institución de lo social, cuya riqueza y fortaleza radica en los principios ético-políticos en que se funda” (Barbeta, 2009: 107), y como creación de un modo de sociabilidad alternativo y disidente frente a las jerarquías y a la moralidad del individualismo, oponiendo lo comunitario como vía privilegiada (Michi, 2010). En relación con esto, durante el trabajo de campo realizado han sido significativos los hallazgos en torno a la “energía emocional” (Jasper, 2012), que han inspirado a nivel subjetivo las experiencias de protesta en el espacio público y los diferentes eventos claves en el transcurso de la lucha colectiva. Estas vivencias han ido forjando la identidad del MOCASE-VC y fortaleciendo el compromiso y las lealtades internas del movimiento. También han contribuido a la resignificación de las experiencias biográficas individuales, generando sentimientos de fortaleza, dignidad y autoestima.

Dentro del conjunto de formas de protesta se destacan especialmente lo que denominan “retomas” y “aguante”, que son acciones ejecutadas cuando la organización campesina toma conocimiento del desalojo de alguna familia de la misma. A raíz de esto, el modo de operar es invitar a todas las centrales y comunidades de base, desde donde llegan varones, mujeres y también niños, a reubicar a las familias desalojadas en sus antiguos “ranchos” (reconstruirlos si han sido quemados o destruidos) y luego hacer un “acampe”, que puede durar varios días o semanas. Mientras se realiza la custodia, se convive de modo comunitario (con grupos mixtos y rotatorios de tareas) y se discute en asamblea el plan a seguir. Sobre este modo de accionar colectivo, se ha escrito:

El *aguante* es una ayuda material y espiritual al mismo tiempo, donde se expone el propio cuerpo —exuesto a la violencia policial y a las topadoras— y el espíritu de lucha para sostener a aquellos que pueden perderlo todo en una sola noche. Es una actividad de apoyo a otras familias en la cual la mística de la acción de resistencia se une a la idea de peregrinación, de movimiento hacia otro espacio. (Heller, 1998, citado en Durand, 2006: 140)

Sin embargo, como ha sido adelantado, ninguna de las investigaciones dedicadas al tema (Barbetta, 2009; Dios, 2009; Michi, 2010) han incorporado en este punto una perspectiva de sujetos *generizados* (Acker, 1990) o de estudio de las emociones (Jasper, 2012). Estos enfoques permiten abordar el impacto de este nuevo espacio y rol social y político para mujeres cuyas actividades cotidianas se circunscribían previamente al ámbito del hogar y al sometimiento a la autoridad masculina.

Evolución de la problemática de género en el MOCASE-VC

La “problemática de género” es una expresión actualmente común entre los campesinos organizados en el MOCASE-VC y hace referencia al reconocimiento de las desigualdades entre varones y mujeres en ámbitos específicos. Hemos observado que particularmente se refiere a asimetrías en cuanto a la distribución de roles asignados de acuerdo con los sexos, el uso y la significación de los espacios públicos y privados, y la legitimidad para la participación política. Veamos cuándo y de qué modo ha comenzado a visibilizarse tal problemática, de acuerdo con lo narrado por los entrevistados y con las publicaciones escritas recabadas, lo cual se vincula con los “talleres de formación” del Movimiento.

El MOCASE-VC, desde sus etapas tempranas, que periodizamos aquí aproximadamente entre los años 1990-1995, recibe influencias de las corrientes pedagógicas de Paulo Freire y Antonio Gramsci, especialmente por medio de miembros de las ONG de procedencia cristiana que adherían a la corriente conocida como “teología de la liberación”. Ellos fueron quienes acompañaron los inicios del movimiento, junto a otros participantes no campesinos integrados al movimiento como “técnicos” o “manos blandas”: profesionales, educadores y militantes de movimientos urbanos, entre otros (Durand, 2006). Una autora que ha analizado la experiencia educativa del MOCASE-VC es Norma Michi (2010), quien entiende por “formación” tanto los espacios que tienen dicha intencionalidad y son así denominados por el movimiento, como a aquellos procesos que son “fácilmente reconocibles por los actores como formativos” (263). Los denominados “talleres de formación”

[...] se refieren a actividades con intencionalidad educativa, en los que prima la producción grupal a partir de información y/o consignas de trabajo propuestas por los coordinadores. Prevalece la ronda como disposición física y la figura del coordinador (o los coordinadores)

es mucho más habitual que la del expositor. [...] Ocupan un lugar destacado los saberes, valores y opiniones de los sujetos participantes, por lo que se privilegia el uso de la palabra por parte de todos. [...] El trabajo es reseñado posteriormente por los coordinadores en una “memoria”. (Michi, 2010: 265)

Desde sus inicios, el movimiento campesino reconoce la intervención pedagógica como parte fundamental de su tarea política y le atribuye un rol central en la transformación de estructuras injustas, de resignificación de la experiencia y el pensamiento, así como de creación y fortalecimiento de los nuevos valores e identidades colectivas. Se trata de una formación orientada a la acción y, por lo tanto, busca revalorizar diferentes tipos de conocimientos y producir una síntesis integradora y transformadora de la realidad.

Durante el trabajo de campo hemos hallado que actualmente los militantes históricos, tanto mujeres como varones que han estado presentes desde los inicios, destacan “la formación” como el primer aporte que les ha brindado el movimiento. Unida a sentimientos de dignidad, de autoestima y de mayor libertad, en sus narrativas aparece la valoración de este conocimiento por encima de los beneficios materiales obtenidos —o al menos en un mismo nivel—. Esta nueva “visión del mundo” es experimentada como una transformación profunda en la significación de sus biografías y de su identidad, en las motivaciones individuales y en la apreciación de sí mismos, en la cual se recuperan los orígenes y los saberes expropiados y se busca integrarlos con los nuevos conocimientos. Asimismo, tiene un papel clave en la apreciación de la formación la perspectiva de derechos, que los ha posicionado de otro modo frente a las coyunturas que han debido enfrentar en la práctica:

Por ejemplo no sabíamos el derecho, que teníamos posesión de la tierra, no sabíamos que dentro de la justicia también teníamos derecho, por ejemplo, cuando nos llevan presos, [poder] decir: “No voy a declarar hasta que no esté un abogado”. ¡Qué sé yo! Todos esos derechos no los conocíamos. Entonces a raíz de la organización... de la formación, algunos que no sabemos leer, no sabemos escribir, pero empezamos a conocer derechos [sic]. ¿Y cuando empezamos a conocer derechos qué ha pasado? Empezamos a parar ahí [a detenernos en esos problemas]. (Entrevista personal a Lucrecia,⁴ 7 de junio de 2016)

Michi (2010) también señala una de las principales repercusiones de lo interior a nivel subjetivo:

Para los sujetos recientemente incorporados al movimiento, suele constituir uno de los primeros momentos en los que toman la palabra en un espacio público alejado de lo cotidiano, dentro de un proceso que busca comprender y orientar la acción sobre la realidad compartida. (266)

4 Los nombres propios han sido modificados con el fin de preservar el anonimato de los sujetos entrevistados.

En este contexto, la perspectiva generizada para el análisis de esta actuación colectiva, que ha permanecido invisibilizada en los estudios académicos, ha sido tempranamente incorporada por los propios campesinos y campesinas. En palabras de las militantes históricas entrevistadas, el primer problema detectado en estos talleres ha sido la ausencia de las mujeres o la escasa participación femenina en las discusiones. Cando interrogamos sobre los motivos para la creación de “talleres de género” internos del movimiento, las mujeres dijeron:

Y... por eso de la participación que te contaba antes, porque al principio en las reuniones sólo había hombres, y las mujeres no participaban, se quedaban en sus casas con sus hijos, con sus quehaceres. Entonces le empezamos a buscar la vuelta, cómo hacemos que se integren, cómo hacemos que se formen, cómo hacemos que el hombre cambie su machismo [risas], y así se han empezado a organizar los talleres y así han ido empezando a participar las mujeres. (Entrevista personal a Marta, 8 de junio de 2016)

En función de este reconocimiento, se iniciaron varias prácticas tendientes a incrementar el grado de participación femenina que, según nuestros hallazgos, pueden organizarse en:

1) La exigencia a los campesinos organizados de que *toda* la familia participe en las reuniones y actividades políticas como contraprestación obligatoria para recibir subsidios y otros beneficios que había conseguido el colectivo organizado ya en esos primeros años (ver Durand, 2006).

2) El trabajo político de base de los integrantes, que se reunían con las diferentes familias a explicarles la necesidad de que toda la unidad doméstica estuviera *organizada*.

3) La inclusión de la problemática y su debate abierto durante las asambleas.

4) La implementación de talleres específicos de género para mujeres.

Sobre el segundo accionar enlistado, el trabajo en reuniones individuales con las familias, una militante histórica entrevistada rememora:

Él [nombra a uno de los miembros fundadores del MOCASE] hablaba siempre de la mujer. Cuando no había mujeres en las reuniones, cuando hacía reuniones de base o cuando estaba en una casa de familia —a veces iba a las casas a tomar mate y charlar con las familias, así como lo estás haciendo vos— y a veces estaban los hombres de la casa, no estaba la mujer. [...]. Él observaba si el hombre estaba sentado ahí conversando y la mujer allá cebaba mate por la cocina. Tampoco se sentaba así a cebar mate, de allá de la cocina traía el mate cebado y le servía a la visita y al marido, a los hijos mayores. Y él las llamaba a ellas: “Venga usted también, vamos a charlar porque aquí está su esposo y usted también tiene que escuchar, porque yo estoy hablando con su esposo usted también tiene derecho de saber”. (Entrevista personal a Mónica, 10 de junio de 2016)

Los talleres de género comienzan a organizarse en diferentes comunidades de base como espacios pensados especialmente para mujeres —sin restringir la

participación masculina—, llevados a cabo en alguna de las viviendas particulares de las mujeres militantes, quienes las ofrecían voluntariamente, y también en espacios alquilados o propios de la organización política (“galpones” de las diferentes centrales, etc.). Surgieron entre 1993 y 1994 e inicialmente fueron coordinados por una referente técnica, no campesina, y fueron destinados a las mujeres de las comunidades. Según las memorias de las militantes históricas, durante los primeros encuentros se discutía “de cómo es del hombre el protagonismo” y se estimulaba a las mujeres a hacer uso de la palabra y a manifestar sus opiniones y emociones.

Son varios los y las entrevistadas que mencionan cambios sustanciales en las relaciones de género, que tanto mujeres como varones pueden explicar de acuerdo con dos dimensiones entrelazadas. Por un lado, se habla de la redistribución de las tareas consideradas domésticas y aquellas definidas como productivas (anteriormente organizadas según el patrón tradicional), valorando que la asignación de tareas sea indiferente respecto al género. Y, por otra parte, se menciona el incremento del uso de la palabra y el grado de autoridad para la toma de decisiones, especialmente durante las asambleas y las actividades políticas, así como la apropiación de espacios públicos como los de protesta. Respecto a esto último, tanto hombres como mujeres suelen señalar y valorar positivamente la “bravura”, la capacidad de liderazgo y el coraje de las mujeres.

Sobre el primer punto, es importante señalar que la asignación tradicional de roles no es exclusiva de nuestro campo de estudio. Han sido varios los estudios sobre la división sexual del trabajo en la agricultura familiar en contextos latinoamericanos en los que se ha hallado que se impone una organización orientada por los roles de género tradicionales, asignando a las mujeres aquellas tareas consideradas domésticas y a los hombres las productivas. Las actividades domésticas realizadas por las mujeres suelen incluir la limpieza de la casa, la crianza de los hijos y la preparación de alimentos, entre otras, y prevalece la concepción de que su trabajo en las actividades productivas, tales como la cosecha, se trata de una “ayuda”, invisibilizando así las tareas femeninas (Woortmann, 1990; Carneiro, 1994; Brumer, 2004; Salvaro, Lago y Wolff, 2014). En consonancia con esto, nuestras entrevistadas suelen recordar tiempos previos a la vida comunitaria en los cuales prevalecía dicho patrón. Una mujer militante de 40 años, por ejemplo, nos ha comentado sobre la vida familiar durante su infancia, en la cual se combinaba la producción para el autoconsumo con el empleo informal masculino en condiciones de precariedad material:

M: Vivíamos así de los animalitos, criábamos chanchos, gallinas, chivas. Y así vivíamos. Mi papá siempre salía a hacer “changas”; en el pueblo trabajaba. Él siempre así nos ha criado [sic]. Y nosotros, mis hermanos, mi hermana y yo, nos encargábamos de los animales. Mi mamá también. Los changos de desbarrar un pozo, de traer leña, de criar los animales, entre todos, cuatro, cinco que éramos.

A: ¿Y quién se ocupaba de cuidar de ustedes y de, por ejemplo, de la cocina o de lavar?

M: Y... mi mamá, sí. Ella siempre.

A: ¿Y era más duro [que ahora]? ¿Les faltaba para comer?

M: Eh, a veces, sí. A veces no. (Entrevista personal a Mercedes, 8 de junio de 2016)

Sobre el segundo aspecto —la asignación de la autoridad y la participación de las mujeres en la vida política y los espacios públicos—, también queda claro que anteriormente este respondía a un patrón claramente asimétrico:

A: Para mí, yo desde que he empezado... que se ha empezado a formar el movimiento, para mí, mi vida ha cambiado. Porque yo antes, como te decía, mandaba mi marido [sic]. Yo ninguna cosa podía hacer si él no me decía, o si yo quería salir para algún lado y él no estaba no iba a salir, porque él no estaba. Yo le pedía permiso para salir. Y ahora ya no, después ya no. Yo pensaba también que él era el que tenía que mandar. Él hacía todo: traía mercadería para la casa... que yo no podía ir a hacer eso. Pero después ha cambiado. (Entrevista personal a Alcira, 11 de junio de 2016)

Llegados a este punto es importante traer a colación trabajos tales como los de Giarraca (2001) o Ferrante *et al.* (2013) sobre participación femenina en movimientos sociales rurales, o el de Lechat (1993) en el Movimiento de los Trabajadores Rurales Sin Tierra de Brasil, que han señalado transformaciones en un sentido similar, lo cual atribuyen también a la cohesión comunitaria. De acuerdo con Teixeira *et al.* (1994), las estructuras comunitarias aflojan la domesticidad de la familia ya que “presentan a los individuos la posibilidad de identificarse con unidades sociales más amplias que la propia familia y exigen de ellos una participación centrada (en alguna medida) en el interés de la comunidad” (5).

Es frecuente que la presencia de las mujeres en estos espacios resulte transformadora de prácticas sociales basadas en el género y que estas colaboren en el cuestionamiento de las antiguas jerarquías. Dichas experiencias promueven en las mujeres la intencionalidad de revertir posiciones de subordinación. Sin embargo, también estudios como los de Paulilo (2009) y otros (Da Silva, 2004; Furlin, 2013) resaltan las contradicciones entre las propuestas de los diferentes movimientos sociales mixtos y las posibilidades de concretarlas en la convivencia diaria de los campamentos o asentamientos de la organización, donde persisten muchas desigualdades de género.

Para el caso del MOCASE-VC, hemos reconstruido algunas cuestiones más a partir de las entrevistas en profundidad y los relatos de vida de las mujeres militantes.

Por una parte, la dinámica de los “talleres de género” —que, como adelantamos, seguían formatos tomados de la educación popular— ha implementado varias técnicas expresivas que son recordadas por las mujeres como de un alto impacto emocional y reconocidas como provocadoras de cambios en las significaciones atribuidas

a sus experiencias y posicionamientos previos. Las técnicas mayormente recordadas son las dramatizaciones y las dinámicas de discusión grupal a partir de consignas o preguntas disparadoras. Luego solía hacerse una puesta en común en forma de plenario y se escribían las conclusiones de la reunión en forma de “cartillas”.

Uno de los aspectos centrales que deseamos señalar es la incorporación de los valores y sentidos que la organización ha apropiado como parte de su identidad colectiva, ampliándolos a la esfera de las relaciones familiares y de género, y no restringiéndolos a la vida política. Las concepciones de solidaridad y de experiencia comunitaria aparecen ya en esta instancia integradas al modo de vida de la organización y se manifiestan en estos dispositivos en tanto partes de un todo más amplio:

A: ¿Y cuáles fueron las cosas que vos aprendiste en esos talleres, por ejemplo?

A: Sí, yo aprendí que tanto en mi casa como afuera tenía que ser solidaria y que mi marido tenía que ser solidario con nosotras, con la familia tanto en la casa también así en la comunidad o afuera también, con los otros compañeros, compañeras. Y aprender a no ser mezquina de la información o contarle, si me está pasando algo tener esa confianza en mi compañero de poder contarle, conversar, hablar, dialogar con el otro. Y no que me quede en mí y en mi problema y yo lo quiera solucionar yo nomás, cosa que no iba a poder. (Entrevista personal a Alcira, 12 de junio de 2016)

El asunto de la división de roles en las actividades cotidianas y la delimitación de los espacios y las fronteras entre el ámbito doméstico y el “afuera” fueron unas de las primeras cuestiones que comenzaron a problematizarse durante los talleres de género, con el objetivo de facilitar la participación femenina en las actividades políticas y en aquellas de protesta:

M: A veces nos hacían preguntas de esa manera para que nosotras trabajemos en grupo. Y nosotras de eso veíamos que en algunas familias que sí, era como que había una diferencia entre el hombre y la mujer; porque nuestros padres y nuestras madres nos criaron así. Que el hombre era para que trabaje fuera de su casa, para criar a los animales, para que trabaje en la colonia y la mujer tenía que estar en casa, tener sus hijos nada más, hacer la comida, hacer la limpieza y cocinar, hacer el pan, lavar la ropa, atender los niños, mandarlos a la escuela; eso era trabajo de la mujer. Y a veces la mujer tenía tiempo hasta para ir a ayudarlo en la colonia al marido. Solamente nosotras éramos las que podíamos ir a ayudar al marido y no que el marido venga a ayudarnos a nosotras a la casa [sic]. Nosotras sí podíamos ir a ayudarlo en la colonia. (Entrevista personal a Mónica, 10 de junio de 2016)

El tratamiento de estos temas llevó a desmontar otras cuestiones y a resignificar la noción de “trabajo”, valorizando la posición y la identidad de las mujeres:

A: ¿Y empezaron a hablar de que eso era trabajo también, lo que hacían ustedes?

M: También había preguntas de esa manera, qué nos parecía a nosotras, si nosotras pensábamos que era trabajo estar en la casa o no era trabajo. Y muchas mujeres cuando venía alguien a visitarnos, teníamos que conversar con alguien, le preguntaban: “¿Usted trabaja?”,

y todas le respondíamos que no, porque nosotras nos imaginábamos que nos preguntaban si trabajábamos afuera, otros trabajos. No nos valorizábamos nosotras mismas lo que estábamos haciendo en la casa. Como que en la casa no estábamos trabajando [...]. Las mujeres pensaban en ese momento que el trabajo era del hombre más importante [...]; en este tiempo nos hemos dado cuenta de que las mujeres trabajábamos más que el hombre. (Entrevista personal a Mónica, 10 de junio de 2016)

Al mismo tiempo, también se han ido incorporando como temáticas la violencia, la autoridad y las relaciones de poder al interior de la pareja, incluyendo la categoría de “desigualdad” y cuestionando las jerarquías tradicionales y las formas de violencia (también física) previamente naturalizadas:

M: De ahí [su participación en la organización], he empezado a aprender yo, porque, hasta incluso era golpeada, y era maltratada [...] y parece que eso era común para mí. Y bueno, después, a través de eso, yo ya he aprendido que no [...], ha sido que entre todos me han dicho: “Esto tiene que ser, esto no”, y bueno, de ahí he empezado. Era como que se me había abierto otro mundo, para mí. (Entrevista personal a Marta, 8 de junio de 2016)

Hacia finales de la primera década de funcionamiento del MOCASE-VC (1997-2000) aparece en los relatos la concepción clara de que el movimiento campesino no tiene únicamente la función de “defender la tierra” —es decir, el objetivo central planteado durante su surgimiento—, sino que se trata, de modo más amplio, de *mejorar la vida de todos*. Al menos a partir de esta etapa, de acuerdo con nuestras observaciones, los militantes visualizan que “todos los ámbitos de la vida” de cada uno de sus integrantes incumben al colectivo y que como organización les corresponde inmiscuirse y colaborar en cualquiera de ellos. Se quiebra la noción de “vida privada” o “vida familiar” como una esfera asilada y diferente a la de la participación política y se entiende que el bienestar de todos sus miembros es un objetivo colectivo que favorece al conjunto. Esto implica también lo contrario: se asume que los inconvenientes y las limitantes particulares perjudican los objetivos de la organización, de manera que ya no es posible escindir lo individual de lo colectivo:

A: Me contaban que cuando hay un conflicto en una familia, el movimiento puede pedir hablar en una reunión ¿esa idea a partir de cuándo surge?

L: Cuando hemos empezado a conocer los derechos nuestros y hemos empezado a ver que tenemos que ser unidos y solidarios con los otros. Y si me pasa algo a mí, le pasa al otro. [...]. Si hay conflicto en la familia se puede hablar. Por ejemplo, aquí en la comunidad hay una familia que se está peleando, que no puede dialogar entre ellos como familia [sic]; nosotros a veces tenemos reunión de comunidad y ahí la misma mujer o el hombre nos plantean que en su casa tiene conflicto con el hijo, con la hija, o con su propia pareja, y que alguien de nosotros vayamos y conversemos. Y ahí se habla, en la comunidad, en la familia. Se habla y es como que la madre o el padre están hablando con su propia hija o hijo. (Entrevista personal a Lucrecia, 7 de junio de 2016)

El ejemplo de Mercedes, una de las mujeres con quien hemos trabajado con la técnica de relato de vida, es ilustrativo de la idea que proponemos. La organización campesina ha articulado ciertas demandas de género como objetivos propios, en un marco de defensa de los derechos de campesinos y campesinas, y desarrolla acciones colectivas en relación con ello. En este caso —como en la mayoría de las trayectorias de mujeres militantes históricas— sus motivaciones iniciales para la participación en el movimiento no se deben directamente a la problemática de la tierra, sino a la experiencia de haber sufrido varios tipos de *injusticias*. De acuerdo con el relato de Mercedes, su primer contacto es a través de uno de los primeros militantes del MOCASE, perteneciente a una comunidad vecina a la suya. En esa época ella había sido abandonada por su marido durante el curso de su embarazo, y él además le había exigido la tenencia de su hijo. Miembros del movimiento campesino, frente a esta circunstancia, le informaron que poseía derechos para defenderse de su marido y la familia de él, y organizaron una asamblea para tratar este caso en particular. A partir de allí, decidieron acompañarla en un extenso proceso —que concluyó de manera exitosa— de asesoramiento legal, en el cual participó activamente el MOCASE-VC como actor colectivo. En relación con esto, se desprenden las siguientes reflexiones de Mercedes y otra mujer que ha acompañado el proceso, obtenidas durante una entrevista grupal:

A: ¿Y por qué piensan que la organización se ocupó de ella? ¿Por qué la organización hablaba de estas cosas?

A: Y... porque, bueno... capaz que sea porque veían tanta injusticia. Había mucha injusticia en las mujeres, y veían que no se sabía cómo se tenía que defender uno.

A: O sea que la organización no solamente estaba para “la tierra”, incluso en ese momento...

A: No, no. Estaba para todo.

M: Hasta ahora mismo, se trata de eso.

A: ¿De qué se trata?

M: De ver... el que quiera arrimarse y aprender... que el derecho de cada uno... yo creo que hasta ahora se hace eso. Por ejemplo: si vos no tienes [sic] un problema de tierra y tienes un problema en tu familia, es lo mismo que antes, sí. Eso no se cambia. (Entrevista grupal a Mercedes y Alcira, 12 de junio de 2016)

Durante la convivencia con familias campesinas en una de las comunidades de base pudimos observar que las propuestas en relación al género, vinculadas a las dimensiones que mencionamos, se hallan en una medida importante incorporadas a la vida cotidiana. No obstante, también veremos en el apartado siguiente cómo los participantes del movimiento campesino conciben estas transformaciones en términos de proceso y de aprendizaje nunca acabado, e identifican las nociones de tensiones y desafíos constantes con relación a los horizontes que se plantean.

Situación actual y desafíos pendientes

Al prestar atención a las emociones, Jasper (2012) sugiere que el sentimiento de pertenencia al grupo involucra diferentes sentimientos, tales como amor, orgullo y entusiasmo, lo que provee compromisos afectivos que tienden a prolongarse en el largo plazo. Los movimientos sociales, al mismo tiempo que están instrumentalmente motivados por el poder o los beneficios materiales, siguen móviles tales como el honor, el orgullo y la preocupación respecto a la dignidad humana.

Dichas observaciones resultan muy pertinentes a la hora de analizar la información obtenida durante el trabajo de campo y en las entrevistas realizadas a las familias campesinas del MOCASE-VC, entre quienes se destaca la dignidad y la satisfacción hacia la propia vida como retribución principal de la participación política. Para estos actores sociales, cuyas vidas cotidianas están completamente moldeadas por la experiencia de la organización política (ya que su modo de vida hubiera sido otro de no existir el movimiento), los móviles ideológicos o morales no pueden escindir de sus intereses materiales, que claramente también son vitales para su subsistencia. Estos campesinos y campesinas viven en un territorio, en una red de sociabilidad, en un conjunto de recursos naturales y materiales completamente contruidos a partir de la existencia del MOCASE-VC. En dichos sujetos organizados, hallamos lo mismo que Jasper ha observado en otros contextos: “El deseo de producir un efecto sobre el mundo es otra gran familia de motivaciones, junto con las emociones que conlleva [...], este deseo proviene a menudo de una perspectiva moral —o una ideología— que sugiere que el mundo debería ser diferente a como es” (2012: 52).

En cuanto a las transformaciones de los posicionamientos y roles asumidos de acuerdo con el género, es interesante la reflexión que hacen las propias mujeres campesinas sobre la lucha por el sentido como una de las cuestiones más arduas, hablando de la noción de “aprendizaje” como parte fundamental de un proceso:

L: No es nada fácil. Primero tenés que empezar la lucha por uno mismo [sic]. Te digo por qué por uno mismo, porque a nosotras no han acostumbrado a que nosotras las mujeres tenemos que lavar los platos, que nosotras las mujeres tenemos que barrer, que nosotras las mujeres tenemos que lavar la ropa, y a veces te digo, que a mí me pasaba, estaba y había un hombre que estaba lavando los platos y tenía ganas de decirle “Dejá, yo voy a lavar”. Y digo, no, porque si no [risas]. Por eso te digo, la lucha interna de nosotros a veces también es fuerte. (Entrevista grupal a Lucrecia y Mercedes, 12 de junio de 2016)

Sin embargo, no todo es beneficio y rédito de cara a los intereses de las mujeres que participan del MOCASE-VC. Los costes y desafíos han sido y aún son muchos y muy difíciles. Y también los limitantes actuales. La mayoría de ellas y también algunos varones con quienes conversamos reconocen que “no le encuentran la vuelta” cuando alguna situación familiar altera la idea de familia como un todo

integrado y armonioso, y no logra resolverse mediante los caminos preestablecidos. Ante situaciones de violencia, maltrato, abusos u otras expresiones de las desigualdades de género, las mujeres entrevistadas registran que no han solucionado el asunto de “hasta dónde o cómo acompañar” o intervenir en algunas situaciones:

A: ¿Y cuál es el rol de la organización si ustedes ven por ejemplo que hay una familia donde la mujer está maltratada o...?

M: Tenemos que acompañar a esa compañera, siempre y cuando uno tiene que investigar primero por qué [sic]; y después ir a acompañar, ir a hablar si es el hombre el que está malo con la mujer, ir a hablar con él, acompañar a la compañera hasta donde uno puede, cuando uno se puede llegar al lugar y hablar [sic]. Y mucho se habla de que el marido no tiene por qué maltratarla a su compañera, siempre cuando no le gusta algo o ve algo de la mujer [...] no es mejor cosa que agarrar uno el camino de uno y dejarla, o dejarlo [sic]. Porque no te puede estar maltratando y vos estés ahí tranquila o tranquilo [...]. Y después... bueno, tenemos casos de violencia de género que todavía no salen a la luz, aún de compañeros históricos, pero es difícil, aún no le estamos encontrando la vuelta de cómo acompañar y de cómo hacer que esa compañera salga de esa situación, que se decida a perder ese miedo, ese miedo... es como que todavía está. Todavía está eso de que si el marido te pega debe tener razón. [...]. En realidad, es algo que estamos viendo. Porque por ahí uno ve muchos temas que... por ejemplo ahora se ha empezado a ver el tema de las violaciones [se refiere a abuso sexual] pero como que uno de a poquito va encontrando estas cuestiones, empieza uno y después sigue otro “A tal le ha pasado hace cinco años pero no ha dicho nada”, porque la familia no quería que hablara de esas cosas. Ahora se están animando, pero hay que ver cómo encarar ese tema, no cualquiera... yo no me animaba a hablar de este tema en un taller, no sabría cómo tratarlo. (Entrevista personal a Mónica, militante histórica, 10 de junio de 2016)

Es muy relevante el hecho de que estas problemáticas sean incluidas y se encuentren visibilizadas al interior del movimiento, agregando que están presentes como aquellas “más difíciles de tratar”. Claramente, se trata del asunto más espinoso para una organización política que por el momento depende de la organización en forma de unidades familiares, un tema que ha sido ya observado por Paulilo (2009) en el caso del MST de Brasil. Para el MOCASE-VC, además, las problemáticas se abren desde múltiples frentes y de manera urgente, sin dar descanso. Los conflictos por la tierra —incluyendo amenazas y desalojos por bandas armadas— son aún un asunto frecuente, y la subsistencia material de familias muy numerosas en condiciones muy precarias resulta ser una batalla diaria.

En respuesta a las dificultades para avanzar con relación a los asuntos de género, durante el trabajo de campo las mujeres militantes han señalado que conocen y trabajan junto a otras organizaciones nacionales y globales que tienen una perspectiva más desarrollada al respecto. Sin embargo, se hallan más bien en una búsqueda por encontrar miradas propias y genuinas, y son muy cautelosas cuando se ven empujadas a incorporar marcos de reflexión “desde afuera”. Si bien el concepto de “feminismo” no solamente es conocido, sino que ha sido pensado

internamente, la apuesta actual reitera que “aún estamos buscando nuestro propio feminismo”. Se reconocen reluctantes frente a posturas asiduas entre organizaciones campesinas e indígenas conocidas como “ecofeminismo”, que al contrario de su defensa del igualitarismo reifican diferencias que consideran esenciales entre varones y mujeres:

M: Nosotras hemos tenido varias discusiones cuando íbamos a visitar las escuelas de mujer porque venían mujeres de Brasil, las de Paraguay, las de Chile;⁵ que sí, algunas son muy feministas y más, que se creen que porque son mujer saben todo la cuestión de salud [sic], la cuestión de la crianza de los chicos, que tienen muchos saberes más que el hombre y que es la que más cuida a su familia. Sí que es así, pero también esa sabiduría también tiene que compartir con su compañero, porque sola tampoco podés hacer nada si no está el otro [sic]. Ahí empezamos a armar un feminismo popular que es distinto a lo que vos me estás diciendo. Pero bueno, llevar esa propuesta a cada comunidad, a cada movimiento... de que si yo sé un saber, volcarlo también en mi compañero.

A: Eso sería como el feminismo popular. ¿Qué sería por ejemplo?

M: Como que los saberes tienen que ser igualitarios, que tanto tiene que saber la mujer como el hombre. Una vez me toca ir a un encuentro va la mujer si tiene que ir la mujer, y si tiene que ir el hombre, tiene que ir el hombre. En eso que no haya una discusión. (Entrevista personal a Mónica, militante histórica, 10 de junio de 2016)

De manera general, las entrevistadas desapruban el hecho de que las soluciones sean “impuestas” por otras organizaciones o discursos propiamente feministas que consideran que no se acomodan a su propia realidad y construcción colectiva. Al mismo tiempo, hallan serios inconvenientes a la hora de profundizar en el modo de actuar que han venido sosteniendo, cuando este es confrontado con situaciones que no pueden resolverse de ese modo. Allí surge el interrogante ¿y ahora qué?, y la propia respuesta: “Aún no sabemos cómo hacerlo”.

A modo de cierre

Consideramos que un enfoque “desde abajo hacia arriba”, es decir, desde el punto de vista y las motivaciones de los actores individuales en tanto microfundamentos de la acción política, propicia la reconstrucción de las actuaciones e identidades colectivas de manera enriquecida. Las observaciones logradas durante el trabajo de campo que ha inspirado este artículo nos advierten que el Movimiento Campesino de Santiago del Estero - Vía Campesina ha incorporado demandas vinculadas a aquello que los mismos campesinos organizados denominan “problemática de género”, desde etapas tempranas, a partir de preocupaciones genuinas y de modo sostenido.

5 Se refiere principalmente a varias organizaciones de mujeres que se reúnen en el movimiento feminista más amplio: Marcha Mundial de las Mujeres.

La organización campesina ha incluido la dimensión de género como parte de la construcción de subjetividades, que se propone al nivel de sus “políticas de la vida cotidiana”. Para ello se ha nutrido de dinámicas y aportes teóricos propios de la corriente pedagógica popular y de otros marcos de significación afines, articulados con la experiencia de su lucha local, en pos de sus objetivos de transformación y de creación de un modo de vida alternativo. Fundamentalmente, las mujeres militantes con quienes trabajamos reconocen modificaciones sustanciales en cuanto a la redistribución de tareas, derechos y cuidados entre los géneros; la resignificación del uso de espacios públicos y privados, y la legitimación de la actuación política de las mujeres.

De allí nace el argumento que expresamos anteriormente que el MOCASE-VC afecta las tradicionales fronteras entre lo familiar, lo doméstico y lo público, incluyendo en ello las relaciones de género, y por lo tanto dándoles un nuevo carácter a los límites entre dichos contextos. Esto implica asimismo la actuación colectiva admitida en esferas tradicionalmente concebidas como del ámbito de lo “privado”, tales como los conflictos en las relaciones familiares. Dichos cambios en las relaciones de género y familiares forman parte de una experiencia integral cuya utopía consiste en la creación de una alternativa más humanista a la desintegración social producida por las políticas neoliberales. La búsqueda de la equidad de género ocupa el lugar de soporte ideológico de un modo de vida alternativo.

Asimismo, es importante destacar que estos propósitos son gradualmente contruidos, no siempre de manera directa o intencional, sino mediante la *energía emocional* que proveen las experiencias de protesta y de lucha colectiva, solidificando nuevos lazos, lealtades e identidades colectivas. De este modo, las transformaciones subjetivas en cuanto a los posicionamientos de feminidad y masculinidad son llevadas a cabo desde una combinación de dispositivos especialmente orientados —es el caso de los talleres de género o las intervenciones puntuales de los militantes de base— junto a otras *políticas culturales* vivenciadas en el plano de la vida cotidiana. Estos entramados de contestación a los valores dominantes del individualismo capitalista resignifican la experiencia biográfica individual y proveen a los sujetos (mujeres y varones) de sentimientos de fortaleza, dignidad y autoestima.

Por último, hallamos que el asunto más difícil de tratar para la organización es la limitación que provoca su propia concepción de “familia” como un todo unificado con intereses comunes, una idea hoy clave en la construcción de su identidad colectiva. El MOCASE-VC se encuentra hoy en un proceso de exploración para hallar un marco de reflexión propio que dé respuesta a dichos conflictos.

Referencias bibliográficas

Acker, Joan (1990). “Hierarchies, Jobs, Bodies: A Theory of Gendered Organizations”. En: *Gender and Society*, vol. 4, N.º 2, pp. 139-158.

- Álvarez, Sonia E.; Dagnino, Evelyn y Escobar, Arturo (eds.) (1998). *Cultures of politics/politics of cultures: Re-visioning Latin American Social Movements*. Westview Press, Boulder.
- Atkinson, Robert (1998). *The life story interview*. Sage Publications, Londres.
- Barbetta, Pablo (2009). *En los bordes de lo jurídico: Conflictos por la tenencia legal de la tierra en Santiago del Estero*. Tesis de Doctorado. Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- Barbieri, Teresita de (1998). "Acerca de las propuestas metodológicas feministas". En: Bartra, Eli (comp.), *Debates en torno a una metodología feminista*. Universidad Autónoma Metropolitana (UAM), Ciudad de México, pp. 103-140.
- Brumer, Anita (2004). "Gênero e agricultura: a situação da mulher na agricultura do Rio Grande do Sul". En: *Revista Estudos Feministas*, vol. 12, N.º 1, pp. 205-227.
- Carneiro, María José (1994). "Mulheres no campo: notas sobre sua participação política e a condição social do gênero". En: *Estudos de Sociedade e Agricultura*, N.º 2, pp. 11-22.
- Clifford, James y Marcus, George (eds.) (1986). *Writing Culture: The Poetics and Politics of Ethnography*. University of California Press, Berkeley.
- Dagnino, Evelina (1998). "Culture, Citizenship, and Democracy; Changing Discourses and Practices of the Latin American Left". En: *Álvarez, Sonia E.; Dagnino, Evelyn y Escobar, Arturo* (eds.), *Cultures of politics/politics of cultures: Re-visioning Latin American Social Movements*. Westview Press, Boulder, pp. 33-63.
- Dargoltz, Raúl (1997). "El movimiento campesino santiagueño – MOCASE". En: *Revista Taller*, vol. 2, N.º 4, pp. 27-32.
- Da Silva, Cristiani Bereta (2004). "Relações de gênero e subjetividades no devir MST". En: *Estudos Feministas*, vol. 12, N.º 1, pp. 269-287.
- Dios, Rubén de (2009). *Los campesinos santiagueños y su lucha por una sociedad diferente*. [Conferencia]. Presentada en: I Congreso Nacional de Protesta Social, Acción Colectiva y Movimientos Sociales. Buenos Aires, 30 y 31 de marzo de 2009. [En línea:] <http://www.iade.org.ar/uploads/beaee573-e871-0024.pdf>. (Consultada el 4 de enero de 2017).
- Díaz Estévez, Pablo (2005). "Resistencia campesina en Santiago del Estero". Informe final del concurso: Poder y nuevas experiencias democráticas en América Latina y el Caribe. Programa Regional de Becas CLACSO. [En línea:] <http://biblioteca.clacso.edu.ar/ar/libros/becas/2005/demojov/diaz.pdf>. (Consultado el 4 de enero de 2017).
- Durand, Patricia (2006). *Desarrollo rural y Organización Campesina en Argentina. El caso del Movimiento Campesino de Santiago del Estero*. Tesis de Doctorado. Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- Ferrante, Vera Lucía *et al.* (2013). "Na trajetória dos assentamentos rurais: mulheres, organização e diversificação". En: Neves, Delma y Servolo de Medeiros, Leonilde (orgs.), *Mulheres Camponesas: trabalho produtivo e engajamentos políticos*. Alternativa, Niterói, pp. 195-216.
- Furlin, Neiva (2013). "A perspectiva de gênero no MST: um estudo sobre o discurso e as práticas de participação das mulheres". En: Neves, Delma y Servolo de Medeiros, Leonilde (orgs.), *Mulheres Camponesas: trabalho produtivo e engajamentos políticos*. Alternativa, Niterói, pp. 257-282.
- Giarraca, Norma (2001). "El 'Movimiento de Mujeres Agropecuarias en Lucha': protesta agraria y género durante el último lustro en Argentina". En: Giarraca, Norma (comp.), *¿Una nueva ruralidad en América Latina?* CLACSO, Buenos Aires, pp. 129 - 151
- Guber, Rosana (2011). *La etnografía. Método, campo y reflexividad*. Siglo XXI Editores, Buenos Aires.

- Jasper, James (2012). "Las emociones y los movimientos sociales: veinte años de teoría e investigación". En: *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad*, vol. 4, N.º 10, pp. 46-66.
- Jordan, Glenn y Weedon, Chris (1995). *Cultural Politics: Class, Gender, Race, and the Postmodern World*. Blackwell, Reino Unido.
- Kabeer, Naila (1994). *Reversed Realities: Gender Hierarchies in Development Thought*. Verso, Londres.
- Lamas, Marta (1999). "Género, diferencias de sexo y diferencia sexual". En: *Debate feminista*, N.º 20, pp. 84-106.
- Lechat, Noëlle Marie (1993). *A questão de gênero no Movimento dos Trabalhadores Rurais Sem Terra (MST): estudo de dois assentamentos no Rio Grande do Sul*. Tesis de Maestría en Antropología. Universidad Estadual de Campinas, Campinas.
- Melucci, Alberto (1996). *Challenging codes: Collective action in the information age*. Cambridge University Press, Cambridge.
- Michi, Norma (2010). *Movimientos Campesinos y Educación. El Movimiento Sin Tierra y el Movimiento Campesino de Santiago del Estero-VC* El Colectivo, Buenos Aires.
- Mies, María (1998). "¿Investigación sobre las mujeres o investigación feminista? El debate en torno a la ciencia y la metodología feministas". En: Bartra, Eli (comp.), *Debates en torno a una metodología feminista*. Universidad Autónoma Metropolitana de México, Ciudad de México, pp. 63-102.
- Murillo, Soledad (1996). *El mito de la vida privada*. Siglo XXI Editores, Madrid.
- Palacios Sepúlveda, Fernanda (2011). *La siembra feminista de la Vía Campesina*. Tesis de Maestría en Estudios Feministas. Universidad Complutense de Madrid, Madrid.
- Paulilo, María Ignez (2009). "Movimentos das mulheres agricultoras e os muitos sentidos da 'igualdade de gênero'". En: Fernández, Bernardo; Servolo de Medeiros, Leonilde y Paulilo, María Ignez (orgs.), *Lutas camponesas contemporâneas: condições, dilemas e conquistas: a diversidade das formas das lutas no campo*. EDUNESP, São Paulo, pp. 179-202.
- Rubin, Jeffrey (1998). "Ambiguity and Contradiction in a Radical Popular Movement". En: Álvarez, Sonia E.; Dagnino, Evelyn y Escobar, Arturo (eds.), *Cultures of politics/politics of cultures: Re-visioning Latin American Social Movements*. Westview Press, Boulder, pp. 141-164.
- Salvaro, Giovana; Lago, Mara. C. de Souza y Wolff, Cristina S. (2014). "Limites e possibilidades da militância política em um movimento social rural de mulheres". En: *Estudos Feministas*, vol. 22, N.º 1, pp. 51-70.
- Scott, Joan ([1990] 1996). "El género: una categoría útil para el análisis histórico". En: Lamas, Marta (comp.), *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*. PUEG, Ciudad de México, pp. 265-302.
- Segalén, Martine (1992). *Antropología histórica de la familia*. Taurus, Madrid.
- Slater, David (1998). "Rethinking the Spatialities of Social Movements: Questions of (B)orders, Culture, and Politics in Global Times". En: Álvarez, Sonia E.; Dagnino, Evelyn y Escobar, Arturo (eds.), *Cultures of politics/politics of cultures: Re-visioning Latin American Social Movements*. Westview Press, Boulder, pp. 380-401.
- Teixeira, Zuleide et al. (1994). "Perspectiva de gênero na produção rural". En: *Estudos de Política Agrícola*, N.º 22, pp. 1-85.
- Wacheux, Frédéric (1996). *Méthodes Qualitatives et Recherche en Gestion*. Economica, Paris.
- Woortmann, Klass (1990). "Com parente não se negueia": o campesinato como ordem moral". En: *Anuário Antropológico*, N.º 87, pp. 11-73.